

La brutalidad impulsa una resistencia desesperada en los campamentos de inmigración australianos

26 de enero de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. En diciembre de 2014 más de 500 personas en el centro de detención de inmigrantes financiado por Australia en la isla Manus, parte del vecino país de Papúa Nueva Guinea (PNG), iniciaron una huelga de hambre. Varios detenidos se cosieron los labios, otros se tragaron cuchillas de afeitar o detergentes tóxicos. Unos cuantos combinaron ambas cosas. Según testigos, cuatro hombres que recibían tratamiento médico en el centro de detención en Darwin en la misma Australia fueron regresados a la fuerza a los centros de Manus y Nauru el 24 de enero.

Los videos que enviaron los detenidos a los abogados y a la Coalición para la Acción por los Refugiados (RAC, por sus siglas en inglés) muestran que el 20 de enero guardias con equipo antidisturbios asaltaron el centro de detención tratando de romper la huelga de hambre. Algunos detenidos fueron llevados a una cárcel en Lorengau, también en PNG. Según se dice 58 de los huelguistas fueron golpeados y ahora están encerrados en celdas sin ventanas. También se ha informado que enviaron a cuatro personas a confinamiento en solitario, incluyendo a dos testigos de la golpiza que mató al iraní Reza Barati de 23 años en febrero de 2014.

Los gobiernos de Australia y PNG han alabado al personal de seguridad por ponerle fin a esta situación. Pero los detenidos dicen que continuarán su protesta, y varios hombres permanecen en huelga de hambre.

Se dice que los detenidos están protestando contra un plan del gobierno de PNG que busca trasladar a 50 de ellos, que han recibido reconocimiento legal como refugiados, a Lorengau, la capital de la provincia de Manus. El centro de detención de la isla Manus fue escenario de fatales disturbios en febrero de 2014, cuando los guardias y lugareños entraron a las instalaciones y se enfrentaron a los detenidos. Barati fue asesinado y al menos 70 quedaron heridos en el asalto.

El centro de detención de la isla Manus alberga unos mil solicitantes de asilo. “Ellos creen que sus vidas están en peligro”, dice Ian Rintoul, un vocero de la RAC. “Esto también está inquietando a otras personas [en el centro de detención] que temen que les pase lo mismo”. Se dice que los detenidos temen que los lugareños los ataquen si los trasladan a Lorengau.

La hermana de un egipcio de 39 años que está en huelga de hambre en Manus le dijo a la ABC de Australia que teme que su hermano muera. Dijo: “Cuando hablé conmigo... le pregunté qué sucedió. Él dijo: ‘Trague cuchillas de afeitar’, y se está cosiendo los labios. Le pregunte por qué... Él me dijo: ‘Quiero morir’. ‘Tengo todo el cuerpo blanco y mis piernas están azules’”.

Esta espantosa situación lleva más de un año y medio. Las condiciones en el centro han sido criticadas en repetidas ocasiones por la agencia de refugiados de la ONU (ACNUR).

Periodistas, abogados y la RAC objetan la falta de transparencia y la dificultad para acceder a los prisioneros y conocer la verdad de lo que está sucediendo en el campamento. El asesinato de Barati sólo se conoció porque una empleada del centro, preocupada e indignada filtró la información públicamente. Esto llevó a protestas en grandes y pequeñas ciudades de Australia por parte de gente que se rebeló contra el trato que el gobierno les da a los detenidos.

Esta persona reveló que a los empleados se les exigía decirles a los solicitantes de asilo que, contrario a la ley, nunca les permitirían salir de Papúa Nueva Guinea, ni hacia Australia ni hacia un tercer país, como refugiados, de modo que dejaran de lado sus solicitudes de asilo —y más importante aún, que desalentaran a otros de tratar de entrar a Australia. Además, dijo ella, el campamento “fue diseñado como un experimento para la creación activa de horror para garantizar la disuasión”. La muerte del joven, explicó ella, no fue resultado de una “crisis” en el funcionamiento del campamento sino “una oportunidad para llevar un paso más allá esa lógica”. (*Guardian*, 25 de febrero de 2014)

En julio de 2013, el *Guardian* informó sobre un anterior informante, un exdirector de seguridad del centro, quien dijo que los intentos de suicidio y las autolesiones eran “muy comunes, casi diarios”. Dijo: “Nunca antes he visto seres humanos tan desamparados, tan indefensos y tan abatidos. En cada intento asumí la posición de tratar de que el lugar fuera seguro, pero se comprobó rápidamente que era imposible. En Australia esas instalaciones de detención no podrían servir como perrera. A los propietarios los encarcelarían”.

Admitiendo la volatilidad de la situación actual, el gobierno australiano niega que recientemente se haya dado algún enfrentamiento. Alega hipócritamente que su draconiana política de inmigración de negar la residencia en Australia, incluso a los que finalmente obtienen su estatus de refugiados, busca evitar que haya inmigrantes ahogándose en botes desvencijados en el mar y disuadirlos de siquiera intentarlo.

A los que no les dan el estatus de refugiados los incitan a volver a sus países de origen. Algunos de estos, como Irán, se niegan a aceptar a alguien que regrese involuntariamente, así que muchos detenidos permanecen en una especie de limbo sin lugar a donde ir.

La mayoría de los refugiados de Australia son de Afganistán, Irán, Irak, Sri Lanka y Pakistán. Las razones que llevan a la gente a abandonar su tierra de origen y arriesgarse a morir en el proceso son múltiples pero tienen profundas raíces en el funcionamiento del sistema imperialista, con sus interminables guerras genocidas y represivos regímenes dependientes del imperialismo, y en la globalización de la economía mundial que ha devastado los medios de subsistencia tradicionales y la agricultura local, generando una situación en la que no tienen forma de sostener a sus familias.

El uso que le da Australia a Papúa Nueva Guinea como lugar para sus campos de concentración es particularmente revelador y horrible. Este país, que abarca la mitad oriental de la isla de Nueva Guinea y las islas más pequeñas, fue una colonia australiana hasta 1975 y de muchas formas ha seguido siéndolo a pesar de su supuesta independencia. PNG les proporciona riqueza a los capitalistas australianos y de otros lados por medio de la explotación de sus minerales y otros recursos naturales en una escala enorme, mientras su pueblo vive en la extrema pobreza. Los lugareños, cuya forma de vida y cultura tradicionales están siendo destruidas junto con el medio ambiente por el saqueo a su país, no son menos víctimas de Australia y otros países imperialistas que los inmigrantes encarcelados en PNG.

Las crueles políticas australianas de inmigración y la ideología racista que las acompañan son parte de este tipo de opresivo desequilibrio global. □

Grecia: ¿Cuál es el problema que supuestamente Syriza va a resolver?

26 de enero de 2015. Servicio Noticioso Un Mundo Que Ganar. El triunfo electoral del partido Syriza y la formación de un gobierno con su líder Alexis Tsipras como primer ministro es un acontecimiento importante, no sólo para Grecia sino para Europa. No sólo por las potenciales consecuencias económicas para la Unión Europea sino también porque Syriza y Tsipras dicen representar una solución a las penurias que los griegos y muchos otros europeos han soportado desde la crisis financiera mundial de 2008. Los partidos de “extrema izquierda” y la ultraderecha en España y Francia han visto el triunfo de Syriza como preludio de su propio triunfo electoral futuro.

Por razones históricas que tienen que ver con el tardío y débil desarrollo del capitalismo en Grecia dominado por el capital extranjero, el país hace mucho ha estado subordinado económica y políticamente a las grandes potencias capitalistas. Buena parte de su clase dominante, concentrada especialmente en el transporte marítimo y la banca (con importantes inversiones en el Medio Oriente y posteriormente en los Balcanes) ha estado particularmente entrelazada con el capital de las grandes potencias, en especial del Reino Unido y Alemania, en diferentes momentos y en diferentes combinaciones, y de Estados Unidos.

Este control ha sido impuesto violentamente. Alemania invadió Grecia en la II Guerra Mundial. Gran Bretaña envió a Winston Churchill y a sus tropas a apoyar a los fascistas griegos que enfrentaban una rebelión dirigida por los comunistas al final de la guerra. Cuando estalló la guerra civil, Estados Unidos envió asesores de la CIA a dirigir la estrategia antiguerrilla que se aplicó luego en Vietnam: derrotar a las guerrillas desocupando gran parte del campo. El rey pasó de ser intermediario de los ingleses a serlo de los estadounidenses.

Grecia no siguió la trayectoria de las potencias europeas más grandes y desarrolladas, para las que las tres décadas de posguerra fueron un periodo de vigoroso crecimiento económico y amplia elevación del nivel de vida. La emigración masiva y el exilio desempeñaron un importante papel en la transformación de Grecia de país rural a un país urbano y moderno. Parte importante de la burguesía capitalista dominante del país tiene su base política entre los muchos propietarios de negocios familiares y profesionales independientes, que son de mentalidad tradicionalista. No fue sino hasta la década de 1980 que el Estado pudo generar mayor

estabilidad política por medio del gasto y el empleo en el sector público y el tipo de medidas de bienestar implementadas en otras partes de Europa.

La integración de Grecia al mercado europeo e internacional, y especialmente al mercado internacional de capitales, que se aceleró tras la entrada de Grecia a la eurozona en 2001, generó un crecimiento económico. Sin embargo este proceso y sus formas particulares en Grecia sentaron la base para la especial severidad en este país de la última crisis. En buena medida el gasto público se sostuvo con empréstitos. La prosperidad de la economía griega en realidad la debilitó estructuralmente. Las importaciones sobrepasaron bastante a las exportaciones. El déficit comercial requirió, también, préstamos para cerrar la brecha. Ese mismo crecimiento se alimentó de inversión extranjera, incluyendo en forma de préstamos de bancos privados.

Los bancos alemanes y franceses le prestaron al gobierno griego dinero que gastó en importación de bienes de Alemania y en la compra de aviones de guerra y otras armas de Francia y Estados Unidos (ascendiendo al 40% de las importaciones griegas en la última década). De hecho, Grecia estaba subsidiando la rentabilidad de los negocios alemanes, franceses y estadounidenses. Además, por supuesto, estos préstamos fueron una forma de inversión que por sí misma generó ganancias para el capital basado en otros países.

Han acusado a Grecia de haberse hecho adicta a los créditos del exterior. Pero al mismo tiempo, el capital financiero extranjero se hizo adicto a prestarle dinero a Grecia. El gobierno griego ya tenía un alto nivel de endeudamiento cuando Grecia entró a la eurozona, pero la firma financiera estadounidense Goldman Sachs “maquilló” las cuentas para ocultar la situación. Esto no se debió a la “corrupción” sino a un consenso entre todas las grandes potencias —las clases dominantes capitalistas monopolistas y sus gobiernos— no para renunciar a las ganancias que se podrían obtener extendiendo aún más préstamos a Grecia. Pero tampoco fue simplemente cuestión de avaricia. Ninguna podía darse el lujo de no meter la mano cuando sus rivales estaban sacando ganancias para inyectarlas en sus propias economías. Algunos grandes bancos franceses invirtieron el 40% de su capital en Grecia. Este esquema piramidal —pagar la deuda prestando y ampliando la deuda— fue una mina de oro tanto para el capital financiero extranjero como para el griego. Los altos riesgos significan “márgenes” más altos —más ganancias potenciales para los que los han asumido.

El banco estadounidense Lehman Brothers hizo que el gobierno griego aceptara un esquema derivado, una reestructuración de una parte de los bonos del gobierno griego, que se hizo aún más atractivo para la especulación financiera con la infraestructura del país (aeropuertos, puertos, etc.) como garantía. Aceptar estos instrumentos de deuda era una solución a corto plazo para el gobierno griego y sus deudores, pero garantizaba que a largo plazo no se pudiera repagar la deuda bajo ninguna circunstancia imaginable. De un sistema basado en las ganancias e impulsado por la competencia y que destruye el planeta en que vivimos no se puede esperar que considere otras consecuencias a largo plazo.

En 2008, cuando un colapso financiero arrasó la economía globalizada, arrancó un proceso en el que se le prestó más y más dinero a Grecia en los llamados “rescates financieros” para que su gobierno pudiera continuar pagando sus deudas a los bancos extranjeros y nacionales y a otros acreedores. A cambio, la “troika” formada en 2010 por la Comisión Europea, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo (ahora dirigido por Mario Draghi, ex vicepresidente del Goldman Sachs) impuso restricciones draconianas al gasto público del gobierno griego. Estos recortes lanzaron en picada a la economía griega que se redujo en cerca de una cuarta parte. Aunque pagaron parte de su deuda, sus pagos permanentes ascendieron con respecto a su capacidad de pago mediante los ingresos del gobierno.

Los salarios y las pensiones se redujeron drásticamente o simplemente no se pagaron. Se perdieron millones de empleos. Los hospitales y otras instalaciones públicas vitales cerraron. Muchos griegos ya ni siquiera podían disponer de electricidad. Tiritaban en el invierno y sobrevivían con comida de caridad o a punta de ingenio mientras las compañías financieras extranjeras se llenaban y las compañías griegas de transporte marítimo y las enormes propiedades de la iglesia ortodoxa griega seguían gozando de exenciones de impuestos.

Llamar a esto “austeridad” ni siquiera empieza a describir las penurias impuestas a los griegos. Es el peor colapso en el nivel de vida que la Europa moderna haya visto en tiempos de paz. Los principales partidos de la clase dominante tradicional, uno con raíces históricas en la monarquía y el fascismo y el otro en la socialdemocracia, quedaron con su atractivo y credibilidad por el suelo. A los gobiernos elegidos no les ha sido fácil pretender representar la voluntad del pueblo cuando claramente las decisiones básicas no estaban en sus manos. En 2011, cuando el primer ministro griego George Papandreou anunció que convocaría un referendo sobre la deuda del país, fue humillado públicamente por la canciller alemana Ángela Merkel y por el presi-

dente francés Nicolás Sarkozy, quienes se lo reprocharon. Su gobierno socialdemócrata fue seguido por un gobierno de derecha dirigido por un ex vicepresidente del Banco Central Europeo. Este es el trasfondo del ascenso de Syriza.

Si se mira la situación a la luz de esto, entonces incluso sin predecir cómo se desarrollarán las cosas es claro que las propuestas de Tsipras (principalmente negociar la reducción de la deuda y posibilitar mayor gasto público) no podrían llevar a que se resuelva en lo fundamental la situación. Independientemente de que Grecia abandone o no la eurozona —lo cual Tsipras dice que no quiere— Grecia es estructuralmente dependiente de sus relaciones con el capital basado en las más grandes potencias mundiales y de la economía imperialista mundial en su conjunto. Además, la propuesta de Tsipras de conservar los vínculos con la Unión Europea y la OTAN busca mantener a Grecia en la orilla dominante del Mediterráneo.

Este nacionalismo reaccionario explica por qué su partido formó un gobierno de coalición con el partido griego ortodoxo, chovinista y duro con los inmigrantes ANEL (el partido Griegos Independientes), al que le dieron el clave ministerio de defensa. Ese nacionalismo también explica el hecho aparentemente paradójico de que Syriza sea ensalzado por partidos tanto derechistas como “izquierdistas” en las imperialistas Francia y España, partidos cuyo programa no es derrocar a las clases dominantes capitalistas monopolistas en esos países sino volver a los esquemas de Estado benefactor y a los niveles de vida de los días en que el imperialismo parecía prosperar en Europa, mientras aplastaba a la mayoría del pueblo del mundo.

La situación en Grecia concentra de muchas maneras la contradicción global entre “graves desequilibrios entre el sistema financiero —y su expectativa de ganancias futuras— y la acumulación de capital, o sea, las estructuras y la *producción de ganancias* que se basan en la explotación del trabajo asalariado” para citar a Raymond Lotta (“El derrumbe financiero y la locura del imperialismo”, *Revolución*, 20 de abril de 2008, revcom.us). ¿Cómo puede el capitalismo en Grecia desengancharse del sistema global impulsado por la competencia y las ganancias —que de todas formas no es la intención del Syriza? ¿Cómo puede darse un cambio radical en Grecia —o en cualquier otra parte, si vamos al caso— sino como parte de una revolución país por país pero en última instancia una revolución mundial cuya meta final es la abolición de todas las relaciones de opresión y explotación de la sociedad de clases?

Para liberar a Grecia de este sistema se requerirá un nuevo tipo de Estado, que nazca de un movimiento revolucionario con la fuerza material para hacer añicos el aparato estatal de la clase dominante capitalista y luego reorganizar totalmente la economía paso por paso, creando un sistema económico, social y político donde el pueblo en verdad pueda tener, y cada vez más, el control de su vida, que para nada es el caso de Grecia, con o sin Syriza. Las clases dominantes de Europa estaban aterradas por el masivo y turbulento rechazo a las medidas impuestas a los griegos. Un movimiento revolucionario en Grecia y especialmente una revolución ayudaría a transformar la situación política regional e incluso mundial, lo que a su vez haría más posible lograr y mantener un cambio radical en Grecia.

Cuando la “austeridad” —un bonito nombre para el brutal empobrecimiento masivo— golpeó al comienzo a Grecia, algunos comentaristas predijeron que significaría el fin de la “democracia” allí. El argumento era que un sistema político basado en elecciones (y todo el aparato estatal tradicional que implica) no podría sobrevivir si millones de personas ya no creían en él. Entre otras cosas, el triunfo electoral de Syriza representa el renacimiento de la falsa esperanza en el sistema político y económico que llevó a Grecia a donde está hoy. Los reformistas en otros países europeos y en todas partes están poniendo sus propias esperanzas de compartir el poder, o por lo menos el gobierno, en estimular la ilusión de que los problemas radicales se pueden resolver por medios reformistas. La experiencia del autoproclamado gobierno socialista, producto de elecciones, de Salvador Allende en Chile, derrocado por un golpe militar organizado por Estados Unidos en 1973, mostró cómo las elevadas esperanzas que un gobierno no está en la posición de cumplir, la presión económica imperialista que un gobierno populista no planea enfrentar, y las consecuentes divisiones entre el pueblo que se unió en torno al gobierno o que lo aceptó, pueden allanar el terreno para la más cruel represión.

El fracaso palpable del viejo orden, el desprestigio de sus instituciones y el colapso de la rutina diaria que limita los horizontes de la gente, todo lo cual están experimentando los griegos hoy, proveen las condiciones para un rápido avance revolucionario —si esta situación se usa realmente para eso. Syriza, que llama a un ajuste y no a una ruptura revolucionaria, está sirviendo como un importante canal para encauzar la furia del pueblo en Grecia hoy.

Nuestro argumento aquí no es que Syriza pueda llevarle estabilidad al capitalismo griego, aunque algunos representantes del capital extranjero puedan pensar que algún tipo de trato con Syriza es lo que más sirve a sus intereses en este momento. La estabilidad política y social es el menos probable de todos los posibles resultados, no solo en Grecia sino en todo el mundo. Pero pase lo que pase, fomentar esperanzas en la posibilidad de reparar y remendar el sistema existente es parte del problema, no de la solución.

Dentro de la mezcolanza política que es Syriza y entre sus partidarios a nivel internacional, muchísimos izquierdistas y gente que se considera a sí misma opositora al capitalismo están, una vez más, suspendiendo su desconfianza, alguna vez real o profesada, en el camino electoral y parlamentario. En vez de ayudar a los griegos a encontrar una solución, ellos mismos están creando más obstáculos y dejando al pueblo indefenso frente a lo que posiblemente va a suceder: un mayor apretón por parte del sistema capitalista imperialista y giros políticos rápidos y peligrosos.

(Para información así como para referencia a algunas ideas que aquí criticamos, este artículo utiliza, entre otras fuentes, escritos de Stathis Kouvelakis, catedrático de teoría política en el King's College de Londres y miembro del comité central de Syriza. Véase jacobinmag.com/2015/01/syriza-greece-victory-kouvelkis-left/ y newleftreview.org/11/72) ▣